



Psicoperspectivas

ISSN: 0717-7798

revista@psicoperspectivas.cl

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Chile

MOLTEDO, ANDRÉS
MÁS ALLÁ DE LA NOSOGRAFÍA: LA EXPLICACIÓN COGNITIVO PROCESAL SISTÉMICA DEL
SÍNTOMA

Psicoperspectivas, vol. III, núm. 1, 2004, pp. 85-93

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Viña del Mar, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=171017841005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MÁS ALLÁ DE LA NOSOGRAFÍA: LA EXPLICACIÓN COGNITIVO PROCESAL SISTÉMICA DEL SÍNTOMA

“Si las teorías solamente resumen descripciones, son prácticamente inútiles. Una teoría que se limite a hacer esto se parece a un sistema de archivo, sólo capaz de conocer y descubrir lo que ya se ha descubierto y se conoce.”

Faust y Miner, citados en Guidano, 1994 pp. 85-86.

ANDRÉS MOLTEDO

Psicólogo

Escuela de Psicología

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Chile

andres.moltedo@ucv.cl

Resumen. En el presente artículo se analizan las características de la psicopatología nosográfica tradicional, así como la visión Cognitiva Procesal Sistémica del Síntoma. Desde dicha perspectiva se analizan los conceptos y características de la normalidad, neurosis y psicosis, para finalmente profundizar en el sentido y función del autoengaño en la conciencia de Sí mismo.

Palabras Clave: Psicopatología, Nosografía, Síntoma, Autoengaño, Organización de Significado Personal.

INTRODUCCIÓN

En la práctica clínica, por lo general, se hace referencia a clasificaciones nosográficas de descripciones sintomáticas, como agrupaciones de distintos cuadros psicopatológicos, acorde al criterio objetivo de la observación empírica experta.

En los manuales nosográficos ateóricos, como el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-IV TR) o la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE¹ 10), la normalidad y la patología son vistas como inventarios de síntomas específicos clasificables, focalizándose sólo en las reglas semánticas del conocimiento y siendo percibidas como entidades estáticas con contenidos específicos de

¹ También conocido como ICD X.

aqué.

Esto se traduce en una visión descriptiva de la sintomatología que busca un acuerdo respecto de las manifestaciones clínicas, pero sin considerar la etiología y los procesos explicativos del trastorno. No es de extrañar, entonces, que al no poder establecer una conexión entre la conducta observada y la persona que la manifiesta, el tratamiento se base en meras conjeturas, puesto que al considerar la patología de manera impersonal, la explicación del síntoma apelará necesariamente a procesos neutros y a la reducción de la experiencia personal a meros eventos bioquímicos del cerebro (Arciero y Guidano, 2003).

Otra dificultad patente de la visión meramente descriptiva de la psicopatología, radica en la epistemología de base lógico racional en la que se sustentan los principios de la objetividad descriptiva y de un contenido externo objetivo y donde el trastorno es visto como la falta de correspondencia entre las representaciones del individuo *enfermo* con un orden externo unívoco y es explicado acorde a leyes universales que establecen lo racional y lo irracional de manera ajena a la persona. El conocimiento no es, ni puede ser, una copia fiel de un orden objetivo baconiano independiente del conocimiento mismo.

En cambio, si consideramos a la persona como un sistema cerrado que se autoorganiza, nos encontramos etiológicamente frente a una psicopatología procesal y evolutiva del desarrollo, producto de “la reconstrucción en múltiples niveles de las experiencias transformadoras del ciclo vital que generan los patrones de la congruencia del significado que el individuo muestra en la actualidad” (Guidano, 1994, p. 85), para lo cual es necesario evaluar los complejos procesos adaptativos y la regularidad de las transformaciones. El considerar a la psicopatología como una ciencia del significado personal implica estudiar cómo cierto patrón emocional ha tomado forma y estructura en la primera infancia, cómo se ha articulado y cómo se ha diferenciado (Oneto y Moltedo, 2002).

Es más, si la concepción de base se orienta a los procesos de los sistemas individuales, el enfoque podrá dar cuenta de los diversos niveles de análisis de la complejidad de la persona, así como de las distintas reglas de funcionamiento de la misma, por lo que una determinada categoría psicopatológica, en vez de ser unívoca e inequívoca para todos, será estructurada de acuerdo a cada Organización de Significado Personal² (y obviamente acorde a cada individuo particular), que genera una determinada autopercepción en el mundo (“Yo”), reconocida autorreferencialmente como su self (“Mi”), “que le permite asimilar la experiencia en consonancia con la dinámica de su mismidad y la direccionalidad ortogenética que de ella se deriva” (Guidano, 1994, p. 88).

La direccionalidad generativa del ciclo vital es un proceso de asimilación de la experiencia inmediata que genera reestructuraciones en la organización, exigiendo siempre cambios en la percepción de la realidad

² En adelante O.S.P.

por parte de la persona, con los consiguientes malestares emocionales. Los síntomas, entonces, no serían sino procesos de conocimiento que ponen en evidencia intentos de cambio frustrados, que no permiten una adecuada asimilación de la experiencia inmediata por parte de la autoconciencia, es decir, un “Yo” que no ha sido reconocido como viable por parte del “Mí”. La etiología, por tanto, debe ser buscada al interior del individuo, en su significado personal y no en los eventos externos, supuestamente gatillantes.

NORMALIDAD, NEUROSIS Y PSICOSIS

Las O.S.P. son procesos individuales ordenadores de su propio conocimiento y no sólo de los elementos semánticos del mismo, como lo entiende el racionalismo tradicional. Es por esto, que la normalidad de una organización o de un determinado contenido se encuentra en la manifestación de un proceso dinámico a través del cual una O.S.P. logra una mayor estructuración de su complejidad a lo largo de su progresión ortogenética en su ciclo vital, mediante unos altos niveles de flexibilidad, elasticidad y generatividad. Dichos niveles organizativos del conocimiento, como contraparte, se encuentran reducidos en la estructura de una O.S.P. “psicótica”.

Normalidad, neurosis y psicosis, de acuerdo a esta visión procesal sistémica, no deben ser consideradas como contenidos de conciencia fijos, entidades estáticas o simplemente descriptivas, sino que “*dimensiones de procesamiento* dinámicas y modificables de la coherencia sistémica de una O.S.P., que parecen potencialmente reversibles, pues sus límites son casi siempre indefinidos” (Guidano, 1994, p. 90), además, no existe ningún contenido que sea particularmente propio de cualquiera de estas tres dimensiones de coherencia sistémica. Como distinciones de un continuum, una misma O.S.P., dependiendo de las experiencias de su desarrollo, puede evolucionar de normalidad a neurosis ante una reducción del grado de concreción-abstracción, y a psicosis si junto con un nivel extremadamente concreto se presentan problemas de integración de las dinámicas de la mismidad.

Entonces, neurosis y psicosis no son enfermedades en el sentido clásico del término, sino que, al igual que la normalidad, diferentes formas que puede “asumir un mismo patrón de coherencia del significado en función de las aptitudes de procesamiento e integración del individuo” (Guidano, 1994, p. 91). Esta situación permite comprender mejor tanto las categorías nosográficas confirmadas como las inciertas.

Las personas cuya O.S.P. efectúa un procesamiento normal, tienen un alto grado de flexibilidad en el conocimiento de las oscilaciones emocionales que les produce la inmediatez, además de una gran generatividad narrativa respecto de la misma, lo cual les permite lograr explicaciones más globales y abstractas, en conjunto con hipótesis altamente integrativas de lo que sucede. Todo esto se traduce en

un nivel de autointegración del sí mismo que no presenta mayores dificultades para lograr un sentido narrativo unitario y global, donde un autoengaño medio/bajo se traduce en un alto nivel de conciencia (un “Mi” que reconoce al “Yo” como viable) y, por tanto, se aprecian explicaciones generativas que permiten una gran viabilidad del sistema con su circunstancia social, junto a afectos y cogniciones balanceados en concordancia a su historia personal, así como una narración coherente y sin discrepancias. Desde la perspectiva de un observador externo, no se observan signos de sintomatología, aunque pueden presentarse dificultades de índole existencial.

En el caso de las O.S.P. que se encuentran en un nivel neurótico de procesamiento, es posible observar un menor nivel de flexibilidad respecto del normal, lo que se traduce en que la persona sólo puede explicarse concretamente su oscilación emocional acorde a la distinción efectuada en ese momento, ya que el grado de abstracción se encuentra disminuido y la explicación restringida por la emoción, generándose una baja calidad de las explicaciones³ y del grado de generatividad. No es de extrañar, entonces, que exista un cierto desbalance en la relación entre los afectos y la cognición.

Si bien se posee un sentido unitario de sí mismo, el nivel de autointegración es bajo, lo que unido a un autoengaño medio/alto, se traduce en un bajo nivel de conciencia, con una *resentida* viabilidad del sistema con su circunstancia, limitada sólo a ciertos dominios experienciales, en los que la narración puede apreciarse adecuada, aunque en términos generales presenta importantes discrepancias. Puede observarse cierto nivel neurótico de sintomatología.

En el caso de aquellas personas donde el procesamiento puede ser catalogado de psicótico, es posible encontrar procesos de conocimiento extremadamente rígidos y poco flexibles, con un alto nivel de concreción, sin generatividad autorreferencial, con explicaciones más bien restrictivas y una narración poco integrada, todo lo cual se traduce en un precario sentido de continuidad. En ellas es observable un trastorno integrativo⁴ con un muy bajo nivel de conciencia debido a un nivel de autoengaño alto, y presentan una viabilidad deteriorada y restringida, con desbalance en la relación entre la cognición y las emociones. La sintomatología característica que presentan es la de los desórdenes psicóticos.

Autoengaño

“No hay autoconciencia sin autoengaño”

Vittorio Guidano.

³ Las cuales tienden a ser restrictivas.

⁴ Con tendencia a la desorganización y a la despersonalización.

Cuadro resumen de los distintos niveles de procesamiento

Variables/Modalidades	Normal	Neurosis	Psicosis
Flexibilidad	Flexible	Menor Flexibilidad	Rígida
Generatividad	Generativo	Menos Generativo	No hay Generatividad
Abstracción/Concretud	Abstracción	Tiende a lo Concreto	Concretud
Autointegración	Alta Autointegración	Sentido Unitario, pero con menos Autointegración	Trastorno de Autointegración
Nivel de Conciencia	Alto, Nivel bajo de Autoengaño	Menor, Autoengaño Medio-Alto	Muy Bajo, Autoengaño Alto
Calidad de Explicaciones	Explicaciones Generativas	Tendencia Restrictiva	Restrictiva
Viabilidad del Sistema	Adecuada	Viabilidad Resentida	Totalmente Restringida
Estilo Vincular	Balance entre Afectos y Cogniciones	Desbalanceado	Anti-integración
Narración	Sin Discrepancias	Discrepancias Importantes	Poco Integrada
Reconocimiento	Presente	Presente	Ausente
Referencia explicativa	Presente	Ausente	Ausente
Secuencialización cronológica	Siempre presente	Presente y disminuida	Disminuida severamente o ausente
Secuencialización temática	Siempre presente	Presente	Disminuida o ausente
Secuencialización causal	Siempre presente	Presente y disminuida	Disminuida severamente o ausente

Basado y modificado de Guidano (1994), Moltedo (2002), Guidano y Quiñones (2001) y Quiñones (1997 y 2000).

El objetivo central del ser humano es desarrollar un sentido de sí mismo y de su vida estable en un medio exterior dinámico, con un constante fluir de estados internos y ante un aumento de la información que facilita una progresión ortogenética donde surgen niveles de integración cada vez más complejos del conocimiento intersubjetivo de sí mismo y del mundo (Quiñones, 1997). El autoengaño (*self deception*) no es un mecanismo de defensa, sino que su función es intentar mantener consistentes y estables los estados internos y la modulación

emocional, construyendo un network o trama narrativa articulada. De manera que cada modulación emotiva de intensidad apreciable se apoye en una estructura imaginativa y narrativa donde las emociones tengan una expresión, generando patrones recurrentes y dependientes de escenas prototípicas.

La capacidad específica de autoengaño, que surge a los seis años a partir de la estructuración de la capacidad de fingir⁵, se irá haciendo más articulada y estructurada a partir de la adolescencia ante el emerger del pensamiento abstracto, que organiza un nivel de autorreferencialidad más reflexivo y abstracto, que permite manipular su experiencia inmediata hasta producir emociones consistentes con su sentido de sí mismo. Hasta ese instante, la capacidad de autoengaño del niño es muy reducida y su sentido de sí mismo concreto sólo le permite actuar excluyendo las emociones no consistentes con su historia o trama narrativa⁶.

El adolescente, además, no sólo es más activo respecto a su capacidad para manipular de manera más directa su experiencia inmediata, sino que también lo es respecto a su trama narrativa, a la que modifican haciéndole variaciones, alterando la historia familiar, su contexto y el personaje o rol específico al interior de la familia. El adolescente renegocia su rol, pone en discusión su historia personal y le da otra lectura a algunos eventos críticos y escenas prototípicas familiares (Moltedo, en prensa).

Como no existe una conciencia de sí mismo objetiva, no hay ninguna manera en que la persona pueda verse objetivamente desde afuera como “realmente” es. Entonces, para articular coherentemente la imagen de sí mismo con toda la continuidad de su vida, la persona hace una operación de mantenimiento de la coherencia interna basada en la consistencia (busca lograr una imagen más articulada, integrada y compleja), para lo cual debe *aplanar* contradicciones o *alterar* (cambiar, minimizar o desarrollar) algunos aspectos de la experiencia inmediata (Yo) para que sean más consistentes con la coherencia de la vida (Mí), a través del autoengaño, por lo que cada operación de conciencia de sí mismo es una operación de autoengaño.

Como cada mecanismo *creador* de conciencia es autorreferencial y no es posible tener un acceso a conocer *quién* se es, el autoengaño es sistema esencial para mantener la identidad como sistema. La dificultad radica en poder diferenciar los autoengaños viables de los inviables, es decir, distinguir entre los que funcionan y los que no lo hacen.

Entonces, el autoengaño es un mecanismo que *aplana* la discrepancia entre el *self* protagonista y el *self* narrador, entre cómo uno se siente y cómo uno se percibe. De esa manera, si la experiencia modificada por el *self* narrador es consistente con el *self* protagonista, se está frente a un autoengaño viable, ya que permite mantener la coherencia⁷ y la continuidad del sistema. Mientras que un autoengaño será inviable o

⁵ La capacidad de fingir, que también está bien desarrollada en otros primates superiores, se traduce en la factibilidad de imaginar la manera de ser de otro (no necesariamente es correspondiente) y de ponerse en su lugar y ver cómo ve la vida.

⁶ Conjunto de escenas prototípicas que dependen del tipo de familia y del metalenguaje

psicopatológico, si para lograr mantener la coherencia, se pierde la conexión entre cómo uno se siente y cómo se percibe.

Tanto si el sujeto tiene un nivel demasiado elevado o demasiado bajo de autoengaño, tendrá problemas. Si su nivel es muy alto y se tiene una baja capacidad de simbolización, la persona experimentará una completa separación entre la experiencia inmediata (el “Yo” sujeto) y la imagen consciente de sí mismo (el “Mí” objeto), llegando al extremo de no poder reconocer aquello que siente, ya que le resulta difícil conectarlo a cómo se percibe, expresándose lo anterior en una coherencia sistémica rígida y en una mayor aparición de síntomas psicopatológicos. A la base de un nivel de autoengaño alto, se encuentran experiencias infantiles muy perturbadoras⁸ y difíciles de controlar, lo que estimula al niño a dirigir sus facultades cognitivas y emotivas a mantener las perturbaciones del medio fuera de la conciencia, por lo que articula menos su trama narrativa, siendo más concreto y menos abstracto, de manera que cada vez podrá controlar menos las nuevas experiencias y perturbaciones, siendo forzado a mantenerlas fuera.

Por su parte, si el nivel de autoengaño es demasiado bajo y existe una elevada capacidad de simbolización, el sujeto es capaz de referirse a la totalidad de su experiencia inmediata, lo que interfiere con la capacidad histórica individual ya que se pierde la visión integrativa debido a la concentración en los detalles autorreferenciales. Además, eso significa que se está expuesto a tener que asimilar muchos datos y, por lo tanto, a manejar una complejidad mucho mayor de la que se está preparado, lo que requiere un esfuerzo significativo, situación que se encuentra a la base de muchos problemas existenciales.

El nivel medio de autoengaño se encuentra en un punto intermedio entre ambas polaridades, “donde las discrepancias entre el ‘Yo’ y el ‘Mí’ se encuentran equilibradas, y la narración sobre sí mismo es un adecuado instrumento para reconocer su fluido emocional y operar en el medio intersubjetivo de manera efectiva” (Molledo, 2002 p. 73).

Para mantener la continuidad de la historia personal y del sentido de sí mismo, ante una serie de acontecimientos potencialmente disruptivos que no se pueden prever y que ocurren sin que el sujeto quiera, éste debe releerse y recontarse dicha historia a la luz de los sucesos, *actualizando* su continuidad narrativa. La persona, entonces, está sujeta a un doble papel, a veces se es protagonista, otras narradora. El protagonista vive la inmediatez directamente, motivado por ser; el narrador, desde afuera, aprecia las consecuencias sobre la imagen de sí mismo, con una activación emocional distinta, muchas veces discrepante con la que se vive en primera persona. En este espacio entre *self* protagonista y *self* narrador surgen los mecanismos de autoengaño, ya que como cada acto de conciencia de uno mismo es siempre un acto de autoengaño, nadie se narra su historia buscando la verdad, sino que buscando consistencia y confirmación, aplanando las contradicciones

de significado.

⁷ A diferencia de la visión racionalista, la coherencia no tiene relación con la búsqueda de una consistencia lógica, sino que con la búsqueda de continuidad de la propia historia y con mantener estable el fluir emocional (aspecto básico de cada O.S.P.). Con una trama narrativa bien ordenada, el fluir emocional es más estable y no presenta oscilaciones perturbadoras.

⁸ Experiencias de abandono, separación, rechazo, exigencias irracionales por parte de los padres, etc.

y discrepancias que perciba. De acuerdo con Moltedo (2002 p. 73) “el sistema individual, para su autorreconocimiento interno, asimilará mayor o menor cantidad de información respecto a su propia existencia dependiendo del nivel de autoengaño que posee en el instante de la percepción de la discrepancia”.

En otras palabras, ante cualquier experiencia inmediata cada O.S.P. tiene dos alternativas. Una progresiva, que integra dicho evento a su trama narrativa, aumenta la complejidad ortogenética del individuo y es capaz de explicar explícitamente las activaciones emocionales del conocimiento tácito. La segunda, más bien regresiva, que se encuentra a la base de las manifestaciones psicopatológicas, a través de la exclusión y la distracción de los distintos elementos de la experiencia inmediata mediante la mediación del autoengaño, quedando fuera de la trama narrativa del individuo. Así aparece el síntoma como la modalidad que *utiliza* el sistema para restablecer su coherencia y su sentido de unicidad y continuidad, externalizando la experiencia perturbadora que supera su capacidad de procesamiento (Zagmutt y Ferrer, 2003). El síntoma es, entonces, una manera de explicarse y de recomponer una discontinuidad percibida.

Los síntomas específicos constituyen una restricción del significado del sistema personal, por lo que reflejan la imposibilidad de asimilar y hacer coherente la información proveniente de distintas dimensiones de la experiencia de la persona con su imagen consciente de sí mismo. Constituyendo estos síntomas, información del nivel experiencial no decodificada parcial o totalmente, así como también la manera como el sistema individual vive y procesa la información discrepante perturbadora de acuerdo a las modalidades Normal, Neurosis y Psicosis. Además de la dependencia de dicha modalidad de procesamiento de los contenidos distinguidos en cada O.S.P., la calidad y la estructura del síntoma dependerán de la modalidad como se organiza la experiencia para cada O.S.P.

La presencia de sintomatología brinda información respecto de la calidad experiencial del sistema en su entorno. Un procesamiento concreto, una ordenación autorreferencial rígida y una narrativa *pobre* en distinciones experienciales, sugieren que el individuo no puede decodificar su experiencia inmediata y emotiva (Quiñones y Zagmutt, 1996).

Acorde con Oneto y Moltedo (2002) resulta imprescindible “asumir una óptica evolutiva en la comprensión del comportamiento humano (tanto en sus manifestaciones adaptativas como psicopatológicas) ya que sólo es posible apreciar a través de la reconstrucción de la continuidad y la coherencia de sus procesos de desarrollo cómo tales procesos dan lugar a específicas organizaciones cognitivas individuales, y de cómo tales organizaciones se descompensan, pudiendo ocurrir a lo largo del ciclo de vida individual aquellos particulares cuadros psicopatológicos que definimos como disturbios clínicos”.

Finalmente, se puede decir que como es importante para la persona no tener grandes discrepancias en la decodificación del proceso Yo-Mí, aquella información excluida como discrepante, no asimilable en la narrativa consciente del sistema, se encuentra a la base de los desórdenes clínicos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arciero, G. y Guidano, V. (2003) Esperienza, Spiegazione e la Ricerca della Coerenza. Recuperado en noviembre 11, 2003, www.ipra.it
- Guidano, V. (1994) *El Sí Mismo en proceso*. Barcelona: Paidós.
- Guidano, V. y Quiñones, A. (2001) *El modelo cognitivo postracionalista*. Bilbao: Desclee de Brouwer.
- Molledo, A. (2002) Percepción de Sí Mismo en Hombres con Disfunción Erétil: una visión desde la perspectiva Cognitivo Procesal Sistémica de Vittorio Guidano. *Terapia Sexual*, vol. V, 1, 65-99.
- Molledo, A. (en prensa) Le sfide psicosessuali nell'adolescenza. En B. Nardi (Ed) *Adolescenza*. Ancona: Ed. Accademia Dei Cognitivi Della Marca.
- Oneto, L. y Molledo, A. (2002) Las Organizaciones de Significado Personal de Vittorio Guidano. Una llave explicativa de la experiencia humana. *Psicoperspectivas*, vol. I, 83-91.
- Quiñones, A. (1997) Significado Social y Viabilidad Emocional Narrativa. En F. Franklin y C. Nabuco (Eds) *Constructivismo em Perspectiva: Implicaciones Teóricas e Práticas para la Psicoterapia*. Artes Medicas do Sul.
- Quiñones, A. (2000) Organización de Significado Personal: una estructura hermenéutica global. *Revista de Psicoterapia*, vol. XI, 41, 11-33.
- Quiñones, A. y Zagmutt, A. (1996) El Síntoma como Distinción Autorreferencial. *Revista Terapia Psicológica* N° 25.
- Zagmutt, A. y Ferrer, M. (2003) Los trastornos de la alimentación. Recuperado en noviembre 11, 2003, www.cetepo.com.ar

